

La traición los había asegurado; tenían á Zambrano en la vanguardia, á Elizando en el centro, á Iriarte en la retaguardia.

CAPITULO SEXTO.

LOS DEPOSITOS DE EXPLOSIVOS DE LA SOCIEDAD COLONIAL

- I. Ideas jacobinas sobre la justicia del pueblo.—II. —La horda del Madhí del Sudán y la del cura Hidalgo.—III. Por qué se formó la horda.—IV. —El pillaje y el exterminio de los blancos, ideal sagrado popular.—V. El contingente de las clases respetables.—VI. El contingente de la clase media.—VII. El contingente de la sub-clase media.—VIII. El contingente de las plebes.—IX. El elemento español.—X. El levantamiento de las pasiones.—XI. Lo que producen las revoluciones.—XII. Aplicación á la Independencia.—XIII. Apreciación jacobina de los tiranos.—XIV. Los calculadores de revoluciones.

I

Todos los revolucionarios que admiten á las clases populares como fuerzas espontáneas de revolución, son dirigidos por el pensamiento jacobino; ó mejor dicho, el jacobinismo es la causa grave de error al tratarse de revoluciones populares. Toda revolución popular tiene que ser contra un tirano real ó imaginario que oprime al pueblo. El opresor ocupa el lugar del verdugo, el oprimido el lugar de víctima.

Hasta aquí el razonamiento es científico. Pero al tirano se le atribuye siempre la maldad infinita y entonces es obligatorio reconocer en la víctima la virtud infinita. Nada de más natural que confiar al que tiene todas las virtudes el terrible derecho de ser juez y parte en causa propia; derecho que á ningún tribunal en el mundo, ni aun al que haya dado pruebas de ser justiciero hasta la admiración, le conceden los hombres más indiferentes por el amor á la justicia.

No es cierto que siempre la víctima valga moralmente más que su tirano: el cajero que ha robado un millón de pesos á un banco, puede ser víctima de un ratero que le saque del bolsillo el pañuelo; un impulsivo atolondrado puede hacer víctima de un puñetazo en la cara á un hombre que por maldad haya asesinado á media docena de niños sin que lo sepa el que da el puñetazo; un jefe político puede hacer víctima de una multa injusta de tres pesos á un incendiario que antes del nacimiento de dicho jefe político haya reducido á cenizas una gran ciudad con todo y habitantes; un gendarme tiránico puede hacer víctima de una golpiza á un extranjero que en su país vendió su patria á un conquistador ó secretos de Estado á un gobierno enemigo. En ninguno de esos casos, y en otros muchos, puede decirse que la víctima vale moralmente más que su tirano.

Tratándose de pueblos oprimidos, hay algunos que merecen el despotismo, otros para quienes la tiranía es saludable y les quebranta el

salvajismo, inculcándoles la disciplina social indispensable para la vida colectiva. Para otros pueblos, la tiranía existe en la imaginación del que los compadece, pero no en los individuos á quienes se atribuye que sufren. El clericalismo es una forma de tiranía, pero para los carlistas de España no es tiranía, sino el más selecto de los bienes sociales y gubernamentales. El revolucionario jacobino parte siempre de la emoción tierna y altruista de que lo que para él es tiranía lo es forzosamente para los demás.

En la tiranía no puede haber tiranía absoluta. Hay grados de tiranía y si ésta existe en el gobierno, no es igual para todas las clases sociales y lo justo debía ser que los oprimidos calificasen la conducta del opresor en relación con el grado de tiranía. Un maestro de escuela puede ser tirano con sus alumnos porque no les conceda las horas de recreo marcadas por higiénico método pedagógico; pero tal conducta tiránica del maestro, no acredita que sus discípulos se subleven, lo degüellen, acribillen á su esposa á puñaladas y machaquen con piedras las cabezas de sus hijos. El derecho del oprimido es castigar á su opresor en relación con la intensidad de la opresión y no en relación con las feroces pasiones que el oprimido pueda tener.

La civilización sirve para que los pueblos ejerzan el derecho de castigar á sus mandatarios imponiéndoles la penalidad indicada por la justicia, pero ese papel del pueblo sobre todo en las clases populares, de ser juez y parte en causa propia, nunca ha sido desempeñado

ni se podrá desempeñar durante muchos siglos con arreglo á la justicia; pero no todos los pueblos oprimidos se exceden en la cantidad de crueldad al hacerse justicia por sí mismos, ni todos aprecian igualmente el peso criminoso del agravio. Si se sublevan por igual tiranía de su gobierno, los ingleses, los norte-americanos, los españoles, los rusos, los chinos, los negros del Congo, los patagones; se producen distintas manifestaciones de venganzas muy mal llamadas justicias.

Es claro que al ser un pueblo oprimido juez y parte en causa propia por medio de la rebelión, el exceso de venganza que tome sobre su razón de justicia, estará en razón inversa de su civilización.

En otra parte he hecho notar el vicio en que incurren los críticos de molde antiguo, cuando para calificar la civilización de una sociedad civilizada le suponen condiciones de tribu salvaje, como es la de admitir que está formada por individuos idénticos en lo moral, en lo intelectual, en lo económico, y aún en lo físico; cuando está formada por clases sociales, de diferente civilización. Si en una sociedad hay clase conquistadora y otra conquistada y siendo la civilización de la clase conquistada el medio más poderoso para librarse de la dominación de la conquistadora, resulta que es interés supremo de ésta impedir á todo trance la civilización de la clase conquistada. Por consiguiente verificándose las conquistas sobre naciones bárbaras, la clase conquistadora tiene garantizados sus privilegios mientras dura

la barbarie de la conquistada. Era el fenómeno que aparecía claramente en Nueva España en 1810; la barbarie indiscutible de la raza indígena que formaba la mayoría de la población. Un levantamiento popular debía ajustarse á las reglas de la sublevación de la barbarie, no solamente contra los abusos y tiranías de los opresores, sino también contra todo lo que turvieran de civilizados.

Siendo Nueva España en 1810 una sociedad que reposaba económicamente sobre el régimen agrícola, la mayoría del pueblo representaba un conjunto de masas rurales; en consecuencia su rebelión debía tomar el carácter de un levantamiento de campesinos bárbaros, mas no podía aceptarse como indicaciones de predicción, las sublevaciones de los campesinos, en Inglaterra, Alemania y las de Francia llamadas *jacqueries*. Había un elemento terrible que elevaba á lo más siniestro, la amenaza del alzamiento de nuestra clase indígena; la diferencia de raza entre ella y la de la clase conquistadora que en un choque tenía que producir necesariamente la guerra de castas. La previsión revolucionaria debió llevar en cuenta la forma de las sublevaciones indígenas en Asia, Africa, América Latina y sobre todo la notablemente trágica de Santo Domingo, ejecutada por la raza negra.

Si á todas esas condiciones de la revolución, se agregaba la exasperación religiosa provocada por la ira y el temor de que los españoles de Nueva España, entregasen á Napoleón I la colonia, presentado al pueblo como el mayor

enemigo de Dios y el instrumento favorito de Satanás para destruir la religión; se debía esperar que el grito de independencia haría estallar en un solo episodio de devastación y muerte; la guerra de castas, la guerra agraria, la guerra política y sobre todo la guerra santa. Este tipo de levantamiento nutrido por tan espantosas cóleras é impulsado por tan caudalosas exaltaciones, sólo lo podía presentar Africa, pero no al cura Hidalgo ni á los demás caudillos de 1810, porque el gran modelo apareció hasta 1883 con la revolución del Mahdí para arrancar al Sudan de la dominación anglo-egipcia.

La forma externa de la horda de insurrectos que levantó el cura Hidalgo se puede considerar igual á la horda del Madhi del Sudan.

II

Ferrero describe la horda del Madhi: "En aquel estado de descontento general, en medio del desaliento universal, producido por una administración extranjera tan incoherente, muchas tribus aferraron ávidamente la ocasión de lanzarse á ojos cerrados sobre la frágil garantía de una confusa revelación divina, en la aventura de una existencia libre de todo atormentador pensamiento de porvenir. El mundo y la vida se renovaban en forma tal, que debían seducir á aquellos espíritus sencillísimos; el labrador no tendría ya que trabajar en sus tierras; el pastor no volvería á guardar su rebaño; nadie pagaría tributos al

gobierno; nadie sufriría las opresiones de funcionarios omnipotentes é irresponsables; todos vivirían formando una gran horda errante por el Sudan, cantando, tocando instrumentos, exaltándose á su capricho, guerreando y pillando. ¿Pillando? ¿Pues no era esta una acción que la moral de aquellas tribus, por rudas que aun fueran, consideraba como un delito? Sí, cierto, porque algunos principios morales fundamentales son tan elementales, que pueden considerarse como innatos en el espíritu humano. El hombre ha comprendido bien pronto que vivir sin arrancar de la tierra el alimento, no era lícito; pero sin embargo, una de sus pasiones más fuertes ha sido siempre el gozar sin trabajar. Ha intentado é intenta dominar esta pasión, pero siempre, de tiempo en tiempo, ella se ha mostrado más fuerte que su sentido moral y le ha extraviado en las cruentas rapiñas de la guerra."

"Rápidamente el contagio de esta ilusión y de esta pasión, hizo estragos entre aquellas almas sencillas. Ninguno se preguntó cuánto podría durar semejante existencia, y la horda se formó rápidamente con contingentes llegados de todas partes, individuos, familias y tribus. Los primeros en acudir á ésta como á todas las revoluciones, fueron los vagabundos y desesperados; después familias que agotaban su vida sobre algún exhausto campo, atormentados por los usureros, quemaron su cabaña y se unieron al profeta; después se vió á poblaciones de pueblos enteros, abandonar sus asientos por seguir al profeta, y por fin, cuan-

do ya casi nadie tuvo fuerza para resistir á la sugestión de un ejemplo casi universal, llegaron tribus enteras con sus rebaños, los ajuares y todas sus riquezas, no como soldados que abandonaban momentáneamente sus casas para combatir en una guerra de corta duración, sino como emigrantes que viajan hacia el país fabuloso de una vida completamente nueva. A los pocos meses una inmensa horda formada por los elementos más inquietos de la población sudanesa vagaba por el Sudan en busca de guerra y de botín, mientras las tribus más tranquilas, aquellas que habían resistido á la locura universal continuaban labrando pacientemente sus tierras, con el vago presentimiento de una gran tempestad que desde el horizonte se iba levantando sobre sus cabezas." (1)

Todavía en 1910 nuestras diversas razas indígenas no sienten estar fundidas en sólida nacionalidad y un siglo antes conservaban esa organización de tribus pacíficas aisladas unas de las otras en **pueblos** dirigidos por el cura y un gobernador indio, estricto cacique. El levantamiento de esa población indígena tenía que ser verdadero levantamiento de tribus como los del Mahdi. Nuestro Diccionario Universal de Historia y Geografía describe la horda del cura Hidalgo en términos impresionantes: "Entre ellos venían á pie ó á caballo los Regimientos, que habían tomado parte en la revolución, rotos y sucios los uniformes, sin

(1) Guillermo Ferrero, "El Militarismo," págs. 80 y 81.

oficiales, en espantosa indisciplina, habiendo vendido muchos soldados sus fusiles, las bayonetas y los cartuchos, trayéndoles el desorden á semejante ruina. El resto era una chusma de indios y de gente del campo, con piedras, con palos, con malas lanzas, sin organización de ninguna clase, presentando un espectáculo horroroso y repugnante. Las hordas desnudas y hambrientas venían mezcladas con un sinnúmero de mujeres cubiertas de harapos y con muchachos: eran familias enteras, que se dirigían en busca de algo, de que aprovecharse, como si se tratara de las antiguas emigraciones aztecas: era una irrupción de salvajes dispuesta para el pillaje: cuatro piezas, dos de ellas de madera, era su artillería."

El coronel D. Diego García Conde, nombrado en 1810 Intendente de la provincia de Michoacán cayó prisionero en Acámbaro y acompañó á la horda del cura Hidalgo desde el 17 de Octubre hasta el 7 de Noviembre en que quedó libre con motivo del desastre de Aculeo. Viajó con la horda desde Acámbaro hasta Aculeo y dice de ella en su relación al Virrey: "Según el desorden en que marchaba siempre y la gran cola que hacía, esta operación era de muchas horas, pues los indios iban cargando á sus hijos, carneros y cuartos de res, y es de advertir que de los saqueos que hacían, se llevaban las puertas, mesas, sillas y hasta las vigas sobre sus hombros." (1)

En cuanto al fondo psicológico de la horda

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 464.

determinante de su conducta hay diferencias apreciables entre la del Mahdi y la del cura Hidalgo. La horda del Mahdi obraba por cuatro exaltaciones: la exaltación del número, la exaltación del pillaje, la exaltación patriótica y la exaltación religiosa. Las cuatro exaltaciones existían en la horda del cura Hidalgo y la diferencia era de intensidad en cuanto á exaltación religiosa.

La exaltación del número consiste en el extraordinario valor y audacia que infunde á las masas amotinadas el gran número de individuos. Creen que con una ola de carne humana pueden impunemente arrasar pequeñas masas de hombres armados y educados para el combate. Los bárbaros mientras no adquieren experiencia en cabeza propia no comprenden la cantidad de fuerza destructora y de resistencia que puede presentar un batallón apoyado por el fuego de certera artillería. Mientras las masas no adquieren esa experiencia ni tienen conocimiento de ella por su educación, poseen un arrojo que el vulgo confunde con el valor cuando no es más que la ignorancia de la cobardía propia de todas las chusmas, tanto más grande cuanto más importante es su masa. La exaltación cae tan pronto como esas masas reciben uno ó dos baños de balas serena y certeramente disparadas por buenos soldados.

La exaltación por el pillaje tiene más energía que la del número, pero desaparece con el empleo del terror empleado oportunamente y en proporción de la importancia de las masas.

La exaltación patriótica del indio desde el

tumulto acaecido en Nejapa Ixtepeji y Villa Alta, el año de 1660 y descrito por Juan de Torres Castillo hasta la batalla de la Mojonera ganada por el general D. Ramón Corona al indio cacique de la Sierra de Alica, Manuel Lozada, en Enero de 1873, siempre ha tenido por ideal la guerra de castas. Ni Allende, que fué el que inició la ejecución de la guerra de independencia, ni el cura Hidalgo proyectaron la guerra de castas, pero ésta era inevitable mientras se contara con el patriotismo de los indios, como lo fué en Santo Domingo y como será en la Isla de Cuba.

La exaltación religiosa tiene dos elementos: odio ilimitado y espíritu ilimitado de sacrificio. El primero forma á la fiera, el segundo presenta al mártir. Cuando los hombres aman el martirio son invencibles aun cuando estén desarmados. En la horda del Mahdi del Sudan no había el ideal del martirio por falta de ocasión, pero sí había el de la simple muerte por gozar de las delicias de los paraísos musulmanes. No es absurdo pelear con hordas indisciplinadas y mal armadas contra ejércitos disciplinados, bien mandados y provistos de magnífico armamento. El medio para obtener la victoria es muy sencillo; consiste en que la horda tenga suficiente número de hombres que sacrificar al fuego del enemigo y á su arma blanca, para que cuando un fanático tiene la bayoneta dentro del cuerpo, otro fanático con una lanza ó un cuchillo mata al soldado veterano dueño de la bayoneta. En esto consistía la táctica del Mahdi para ganar las batallas.

No hubiera sido posible al Mahdi obtener bellas victorias sobre los ejércitos anglo-egipcios á fuerza de derrochar vidas hasta ahogar en sangre á sus propios súbditos, pero si el Mahdi llegó á consumar la independencia del Sudan con la toma de Karthum, defendida por el heroico general Gordon que pereció en la contienda; fué porque era Profeta, guerrero y gobernante. Tenía el genio místico, el genio militar y el genio administrativo. No se conformó con sacrificar hombres, los fué disciplinando, los formó soldados, los armó con las armas que quitó al enemigo y las que podía obtener burlando la vigilancia de los ingleses. Creó una administración militar y otra civil y el Mahdi se llegó á ver tan coloso con su irresistible ejército, que después de arreglar un vasto imperio para el uso de su despotismo, llegó á soñar con la conquista del Egipto, de la Siria y aun de Constantinopla.

En la exaltación religiosa de la horda del cura Hidalgo simbolizada en la bandera con la virgen de Guadalupe, nada serio podía existir. El elemento más fuerte y el decisivo; el amor al martirio y el deseo de la muerte en condiciones de obtener por recompensa placeres materiales, bien entendidos y bien saboreados por los groseros apetitos de los creyentes, no podía existir en una clase popular impregnada de catolicismo idolatrado, en que las delicias del paraíso son de una categoría tan espiritual que no atraen á las almas toscas que necesitan de manjares propios para su paladar. En cuanto al elemento odio contra el hereje tenía que

ser muy débil ó nulo porque las clases populares de Nueva España en 1810 dependían en cuanto á fanatismo del clero, y mientras la gran mayoría de éste condenase la insurrección y la declarara herejía, no era posible que el hereje tuviera prestigio para declarar Antecristo al clero. Si los insurgentes hubieran dispuesto del apoyo de la gran mayoría del clero inferior, la tentativa de favorecer la independencia bajo el palio de la guerra santa, habría dado grandes resultados. El Sr. Lic. D. Genaro García ha prestado un gran servicio á la Historia Patria y á la Universal, demostrando que no hubo tal decisión y abnegación por la independencia de parte del clero bajo: "Los documentos que ahora publicamos, vienen á demostrar por lo contrario Primero, que ese clero bajo, salvo raras excepciones, fué incondicionalmente adicto á la monarquía española." los exaltados de la horda del Mahdi, y que en la batalla de las Cruces se arrojaban sobre los cañones y pretendían impedir la salida de los proyectiles poniendo los sombreros en las bocas de los cañones, probaban que los indios no tenían amor musulmán á la muerte, sino que lo hacían por ignorancia de las propiedades mortíferas de las armas de fuego, mostrando una intrepidez que no quisieron lucir ya en la batalla de Aculco ni en la del Puente de Calderón. De manera que la chusma de indios y plebe de 1810 no fué excepcional sino cobarde como todas las chusmas del mundo en todas las épocas. Sólo los soldados, mientras no pierden la moral y ha habido en los ejércitos batallo-

nes que jamás la han perdido, saben ser siempre valiente é inspirar con su arrojo perenne confianza.

III

Cuando el cura Hidalgo llegó á San Miguel el Grande el 17 de Septiembre de 1810 las tropas que había en Celaya se replegaron á Querétaro lo que no debieron hacer sino replegarse á un punto fuera del alcance de la horda lo más cerca posible de ésta y avisar á Guanajuato, Querétaro y San Luis. Si la horda se ponía en marcha el jefe de las fuerzas de Celaya debió de seguir observándola y dando avisos de su marcha á las plazas mencionadas. Calleja que recibió el aviso de la insurrección el 19 de Septiembre en la mañana tuvo tiempo de llegar á Guanajuato antes de que se presentase el cura Hidalgo. García Rebollo, el jefe de Querétaro, pudo asistir oportunamente á la concentración de tropas fuera de Guanajuato en un punto en que se pudiese cubrir á esta plaza y á Querétaro. Las fuerzas realistas de Calleja, García Rebollo Riaño y el jefe de la guarnición de Celaya ascendían de dos mil hombres, con lo cual sobraba para deshacer la tromba humana de una manera completa y definitiva, porque las hordas no se reorganizan como los ejércitos y guerrillas. Una vez que una horda ha sufrido la mortandad que pueden prodigar las fuerzas militares no vuelve á aparecer constituida por el mismo personal.

La inacción de las autoridades españolas

tan enérgicas, tan activas, tan recelosas, tan impulsivas, tan implacables, tan diestras en el manejo del terror, frente á una insurrección que marchaba como fuego en una montaña de algodón previamente empapada por una tromba de petróleo, tiene muy satisfactoria explicación; desde el tumulto de Nejapa ocurrido en 1660, desde los de Tehuantepec y Guadalcázar acaecidos en el mismo año, desde la sublevación de 1692 en la ciudad de México en que verdaderamente el Virrey fué derrocado por un levantamiento religioso; desde la insurrección de los indios de Tepic en 1801; los españoles estaban convencidos de que los nativos les profesaban un odio inalterable, implacable y constantemente creciente. Desde 1808 toda la población nativa manifestó dentro de los límites de su estrecha libertad de ideas y sentimientos, sus ardientes deseos de independencia. En el interior de esa veneración exajerada por Fernando VII, existía en la convicción de los futuros mexicanos (que así los seguiré llamando) de que no siendo ya posible que Fernando VII volviese á ser rey de España, levantar un trono á ese príncipe en la colonia era alcanzar la independencia y el rango de nación soberana. En 1809, gritar: Viva Fernando VII, era idéntico á gritar ¡viva la independencia! y como los españoles no podían degollar á los que gritasen ¡Viva Fernando VII!, guardaron una compostura política bastante descompuesta como lo probó el atentado contra el Virrey Iturrigaray.

Una colonia de cinco ó seis millones de ha-

bitantes y sesenta mil españoles completamente odiados, más el sentimiento de independencia inundando todos los corazones mexicanos; ¿se podía creer que el ejército virreinal compuesto de soldados mexicanos en número de veintiocho mil, iba á defender á los españoles á quienes odiaba, con la fidelidad, el derroche de sacrificios y la pasión que habría surgido si los hubiesen adorado? De los quinientos defensores de la fortaleza de Granaditas, trescientos sesenta eran mexicanos. ¿Era posible suponer que cuando más de cuarenta mil mexicanos se arrojaban contra el régimen español furiosos y anhelantes por derrocarlo, trescientos sesenta soldados mexicanos habían de morir con la heroicidad de los griegos en las Termópilas por la oprobiosa causa del yugo español?

D. José María Licéaga que presenciaba en la ciudad de Guanajuato los grandes acontecimientos que conmovían la opinión, ha escrito: "Apareciendo por los más fuertes fundamentos, el que no se podía contar con la tropa, y menos si se sacaba al campo, y que para el caso debía reputarse como si absolutamente no la hubiera, se sigue (que para la defensa de Guanajuato) no quedaban más que los españoles, los cuales como se ha manifestado, no llegaban á doscientos, sin armas ni municiones, y poseídos de angustia y de pavor." (1) "El conde de Pérez Gálvez, que como se ha

(1) Licéaga, "Apuntes y Rectificaciones," pág. 82.

dicho era el coronel del regimiento de dragones del Príncipe, D. Manuel García de Quintana que era teniente coronel y comandante del batallón provincial de infantería, D. Pedro de la Riva y D. Modesto Villa se desaparecieron repentinamente de la capital (Guanajuato), y á excepción del segundo que se quedó en León, en donde residía la familia de su esposa, los tres restantes continuaron hasta el puerto de San Blas, en donde se embarcaron en dirección al de Acapulco: de allí vinieron á México, y hasta mediados del año de 1811 volvieron á Guanajuato." (1)

Si los principales jefes de la pequeña guarnición de Guanajuato determinaron huir cobardemente, ¿cómo se explica que esa ciudad haya resuelto defenderse? Los españoles que eran el nervio de la resistencia apenas llegaban á doscientos y como dice Licéaga, estaban llenos de angustia y pavor. Tales hombres no podían ser héroes y sin embargo lo fueron, en compañía de los trescientos sesenta mexicanos impregnados de tres inmensos sentimientos: odio á los españoles, amor á la independencia, desmoralización igual á la de los españoles.

Los doscientos españoles de Guanajuato no estaban obligados á quedarse para defender sus vidas, porque tenían tiempo y dinero para huir cómodamente hasta en litera con todo y familias, no estaban obligados á defender

(1) Licéaga, "Apuntes y Rectificaciones," pág. 79.

sus bienes porque en San Miguel el Grande sólo la tienda de un español llamado Landeta fué saqueada por los insurgentes, los que cuando llegaron á Celaya que pacíficamente les abrió sus puertas, cumplieron lo ofrecido en la intimación de rendición, que fué respetar vidas y bienes de españoles, excepto sus personas que debían ser aprehendidas para impedirles toda clase de ayuda al gobierno colonial, garantizándoles un trato humanitario, decoroso y hasta marcado de benevolencia.

¿Por qué, pues, hubo defensa en Guanajuato, cuando los elementos militares y morales aparecían nulos ante la reflexión de las personas más prudentes? El transformador de las liebres en leones y de los trescientos sesenta soldados mexicanos en españoles furibundos, fué el espíritu heroico del Intendente Riaño tallado en epopeya como Hernán Cortés. El Intendente llamó primero á sus compatriotas, les expuso su deber de españoles, los animó sin elocuencia, fulminó su cobardía con esa especie de fluido que despiden los que saben mandar; después se dirigió á los soldados mexicanos y entre la disciplina militar, la disciplina del deber y un decoroso llamamiento á la heroicidad de la raza que tenía aún glóbulos sanguíneos de los defensores de Numancia, quedó decidida la defensa de la Alhóndiga de Granaditas por un método muy diverso al empleado para defender la Bastilla en 1789. Con cualquier otro intendente, comprendido Calleja, Guanajuato habría abierto sus puertas al desfile de los insurgentes.

Si la impresión que produjo el levantamiento del cura Hidalgo y su salida de San Miguel el Grande al frente de siete mil hombres, que contados y recontados por la sorpresa, el miedo de unos, el entusiasmo de otros, la exageración de todos, debieron haber ascendido á setenta mil, produciendo en el elemento español parálisis cerebral y medular, la que hizo imposible que la masa humana formada por el grito de los insurgentes, fuese disuelta fácilmente con los recursos efectivos que el 17 de Septiembre poseían los españoles.

Si los españoles y los que no lo eran en Guanajuato, tuvieron la convicción de que no era posible contar con las tropas mexicanas que servían al Virrey, ante la formidable insurrección por la gran causa mexicana, que toda la población nativa entendía y debía amar hasta ir al fondo doloroso de los sacrificios sobrehumanos; el cura Hidalgo y los demás caudillos debieron tener la misma convicción tanto más que todo cedía á su paso, cada minuto más solemne y gigantesco. Las fuerzas realistas que el coronel Fernández Solano mandaba en Celaya ascendían á poco más de doscientos hombres, más los destacamentos de Salamanca é Irapuato formaban más de cuatrocientos, que al tener conocimiento de la marcha triunfal de los insurgentes se replegaban á Querétaro, sin intentar en lo más mínimo defender Celaya ó tomar posición fuerte en el camino de los insurgentes y resistirlos. ¿Cómo suponer que otros cuatrocientos iban á defender una ciudad tan grande como la de Guanajuato?

to? ¿cómo suponer que el Intendente Riaño no defendería Guanajuato? porque no defendió la ciudad, la dejó enteramente abandonada al encerrarse en la Alhóndiga de Granaditas; tampoco defendió los caudales reales, porque tuvo diez días para retirarse y llevárselos. Tampoco tenía que defender á la población contra los crímenes de los insurgentes porque desde Celaya venían dando garantías á todos los pueblos y porque al dirigir el cura Hidalgo la intimación para que se rindiera Guanajuato ofrecía toda clase de garantías á los mexicanos lo mismo que á los españoles excepto la libertad. Lo que defendió Riaño fué lo que debe defender todo militar, el honor de las armas, pero en la práctica y en las circunstancias en que se encontró Riaño sólo defienden las armas los héroes de primera magnitud. No se podía preveer que el Intendente de Guanajuato fuese un héroe de la antigüedad clásica.

Por todo lo expuesto, hay que deducir que, la formación de la horda sudanesa del cura Hidalgo, no fué intencional, ni prevista, ni imaginada, fué un fenómeno que vulgarmente debe calificarse de casual, no como un terremoto porque en nuestro país son frecuentes, sino como una nevada en el Istmo de Tehuantepec. En toda la historia de la independencia de las demás colonias españolas-americanas no se registra un solo caso de horda como la del cura Hidalgo. En Europa, después de la primera Cruzada no se ve ya el procedimiento de guerra por medio de hordas errantes. Tam-

co se puede admitir que el cura Hidalgo fuese un demente manso que concibiera llegar á la independencia por medio de horda como la hebrea encabezada por Moisés huyendo de la tiranía faraónica. La crítica tiene que llegar forzosamente á la siguiente conclusión: jamás el cura Hidalgo proyectó conquistar la independencia por el procedimiento africano de substancia árabe, organizando un torrente humano impulsado por el fanatismo y el crimen. Antes de llegar á Guanajuato no hubo propiamente horda, sino lo que ahora llamamos una manifestación popular á través de los campos que marcha en son de paz, sabiendo que los españoles apenas podrán resistirla y teniendo la seguridad sensata que el ejército virreinal, compuesto de soldados mexicanos, defecería.

Si los jefes de las fuerzas españolas del Virrey, excepto Riaño, que se hallaban en situación de haber destruido la horda del cura Hidalgo antes de que llegase á Guanajuato; no hubieran sido más lógicos que heroicos la revolución habría terminado en su cuna. No fué la voz del cura la que levantó al pueblo, sino la voz de victoria aparentemente completa de la revolución que salió en truenos de terror y esperanzas, de la carnicería estupenda de Granaditas. Sin el heroísmo de Riaño el cura Hidalgo habría tomado á Guanajuato como después tomó á Valladolid y la revolución habiendo adquirido el mismo renombre de gloria y de potencia habría continuado la evolución que conocemos.

IV

Desde Guanajuato y durante la marcha de la horda revolucionaria de esa ciudad á Valladolid, se reveló con estrépito que el patriotismo del indio no era más que su odio al blanco, fuese éste español, criollo, mestizo, cuarterón de raza negra y contra todo orden político y social, que no fuese esencialmente indio. Como la mayoría del pueblo la formaban entonces los indios y como ellos representaban á las más dolientes víctimas de la dominación española, les correspondía ser jueces y parte en causa propia, disponiendo de toda su ferocidad como código, de toda su ignorancia para honrar la equidad, de toda su calma para la matanza general en frío de la raza blanca y de toda la tenacidad para no dejar ni un fragmento de los cimientos de civilización que con todo y grandes errores había logrado establecer España. A ser cierto lo que informa el prisionero García Conde al Virrey, Allende por su odio á los españoles había llegado á preferir la eliminación del elemento blanco de todo su suelo por los indios. Como no hay documento, ni testimonio, ni alusión, ni rumor para creer que el cura Hidalgo haya pensado siquiera en una revolución regresiva sacrificando á la raza blanca en el teocali tenebroso y sangriento del culto bestial indígena; debe aceptarse que al cura Hidalgo se le heló la sangre en las venas cuando observó que la independencia podía ser medio de aniquilamiento de toda la raza blanca americana.

V

Nuestros notables historiadores sin diferencia de color político, inculpan al cura Hidalgo por haber dirigido la revolución á la manera de un agitador de barrio, embriagado por penetrante olor de plebe y decidido cual demagogo á gobernar con la plebe y para los crímenes que ésta intentaba al ejercer rugiente y tumultuosa el poder gubernamental.

Lo primero que hizo el cura Hidalgo después de apoderarse de la ciudad de Guanajuato, fué acercarse á las puertas de las casas de las personas respetables y llamarlas para que con sus luces, probidad y prudencia tomasen en la revolución el lugar que les correspondía para prestigiarla garantizando sus humanitarios y loables fines. El caudillo encontró en esas clases respetables la actitud más firme para no tomar parte en la revolución, y el Ayuntamiento que las representaba, expuso al Virrey cuando el general Calleja recobró á Guanajuato, que si concurrió al cabildo convocado por el cura Hidalgo no fué para hablar, "sino para derramar copiosas lágrimas que oprimidas por la fuerza y tiranía de aquel déspota, no podían salir por nuestros ojos y volvían á caer sobre nuestros corazones." (1) Alamán nota que esos señores para no disgustar al cura Hidalgo ni al Virrey, determinaron llorar para dentro.

Fué necesario al cura Hidalgo que irri-

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 384.

tado y amenazante obligara á algunas personas respetables no de Guanajuato, á aceptar los puestos públicos indispensables para organizar un gobierno y librar á la ciudad de la soberanía de la plebe.

Alamán nos dice: "que el cura Hidalgo dió el mando de uno de los dos regimientos de infantería organizados en la ciudad á D. Bernardo Chico, hijo de un europeo del mismo nombre, único de las familias respetables de Guanajuato que tomó parte en la revolución." (1)

Alamán nos dice por que todas las familias respetables de Guanajuato rehusaron de plano tomar parte en la revolución, excepto el hijo de una de ellas D. Bernardo Chico. "Todo este desconcierto desacreditaba á la revolución y él, (Hidalgo) y los saqueos y crímenes que á todas partes le acompañaban, eran un obstáculo que le impedía tomar parte en ella á ninguna persona respetable." (2) Esta explicación de Alamán relativa al desvío de las personas respetables por la guerra de independencia, ha convencido á todo el partido conservador, á muchos liberales y entre ellos á dos historiadores de mérito: D. Lorenzo Zavala y el Dr. Mora, quienes afirman claramente que el cura Hidalgo **no alcanzó el triunfo que tenía ya en el bolsillo**, porque debido al desorden y crímenes que no supo reprimir, las personas respetables se vieron obligadas á no tomar parte en la revolución.

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 386.

(2) Alamán, Tomo 1o., pág. 387.

Las personas respetables de Guanajuato rehusaron tomar parte en la revolución cuando ésta sólo presentaba la hazaña de la toma de Guanajuato. ¿Qué crimen personal había cometido el cura Hidalgo ó su revolución hasta ese día? ¿Puede considerarse como crimen atacar una fortaleza y degollar á sus defensores antes que sean prisioneros y cuando todavía son combatientes? pues se defendieron hasta agotar el último esfuerzo, y ya dije que muy raras tropas disciplinadas, veteranas y de ejércitos civilizados dejan de vengar las innumerables vidas sacrificadas al atacar á pecho descubierta, á hombres que casi impunemente habían podido matar con profusión, gracias al parapeto ó á la muralla que los ocultaba. El soldado tiene derecho y lo admite la guerra á una compensación talionaria: **vida por vida**. Se debe llamar cruel y no criminal un ejército que sin gasto de sangre toma una fortaleza ó plaza por sorpresa y degüella después á todos los defensores, pero cuando los asaltantes pierden dos mil y los defensores son sólo quinientos, hay sin duda una justicia talionaria que favorece al asaltante que mata enemigos, cuando éstos lo han empapado en sangre de sus compañeros. La pena del talión jamás se ha llamado ni se puede llamar crimen.

Las personas respetables de Guanajuato no tenían derecho de pedir á las plebes asaltantes menores manifestaciones de furor, que las admitidas por todos los pueblos civilizados en las luchas estrictamente militares; tanto más cuan-

to que la mayoría de los defensores supervivientes fueron respetados.

¿A qué otra cosa se le puede llamar crimen?

El saqueo se limitó á la Alhóndiga y á las casas de los españoles. La Alhóndiga había dejado de ser edificio comercial, cuando fué atacada era una verdadera fortaleza y el saqueo de una fortaleza es una tolerancia legítima en la guerra civilizada. El saqueo limitado á las casas de los españoles que no eran pacíficos y que en su mayor parte habían tomado las armas, podía tomarse como una dulce represalia puesto que la ley virreinal confiscaba los bienes no sólo de los rebeldes combatientes sino de los que se manifestaban afectos á la revolución sin tomar las armas. Fuera del saqueo acompañado de circunstancias demasiado atenuantes, en la toma de Guanajuato, sólo se ve en el jefe vencedor calma, generosidad, benevolencia, grandes destellos de civilización y en su plebe mestiza combatiente una ferocidad mínima que no se puede llamar ferocidad porque no lo es el amor al pillaje. La plebe mostró simplemente que era plebe porque si en las circunstancias en que pilló nó lo hubiera hecho tendría que haber sido la Cámara de Lorens de Inglaterra. No hubo un solo caso de incendio, de matanza fuera de Granaditas, ni violación de mujeres. Pero acepto que hubiera habido crímenes, que la plebe guanajuatense hubiera sido tan feroz antes del 24 de Noviembre como la plebe que á sangre fría degolló en París, Septiembre de 1792, á millares de prisioneros que indefensos, inocentes, angustiados

y abatidos se encontraban sepultados por la autoridad terrorista en calabozos que no eran más que cadalsos. Pues bien, si el desorden y los crímenes de la revolución del cura Hidalgo se debían precisamente á la falta de dirección por personas respetables y si las personas respetables eran adictas á la causa que proclamaba Hidalgo, lo ilógico era que cuando el cura rogaba á la clase respetable, que tomase el lugar que le correspondía en la revolución; esta clase respondiera, que faltándole á la revolución la clase respetable y siendo ella esa clase respetable, no podía tomar parte en la revolución porque á ésta le faltaba la clase respetable. Supongamos que los militares hubieran dicho: nosotros somos partidarios de la independencia, lo que falta á la revolución para prestigiarse y triunfar es que tomen parte en ella los militares, pero nosotros los militares no tomamos parte en la revolución aun cuando la aplaudimos, porque no hay en ella militares. De manera que el reproche hecho al cura Hidalgo porque no atraía á las clases respetables á la revolución resulta completamente absurdo.

Las eminencias laicas y eclesiásticas de nuestro partido conservador han dejado la historia llena de lamentos é imprecaciones contra la clase de personas respetables que como la de Guanajuato y durante toda la guerra de independencia, lo que querían era aprovecharse sin comprometerse. El general D. Agustín de Iturbide escribía al Virrey de Nueva España Conde del Ve-

nadito: "Hay otro (partido) de católicos pusilánimes que se asombran de los fantasmas que existen en sus ideas, otro de hipócritas supersticiosos que fingiendo temer todo mal, buscan simultáneamente su provecho propio." (1) D. Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán es igualmente expresivo: "Los grandes propietarios y todas las personas más influyentes que llevan el título de conservadores comienzan por hacerse á un lado sin prestarse absolutamente á nada; que otros sujetos de menos categoría y de iguales ideas políticas quedan ocupados en los empleos en consorcio con algunos liberales moderados y cierta clase de hombres cuyo partido es acomodarse con el que manda." (2) Otro prominente de talento ratifica tan triste juicio: "Se han conformado siempre (los conservadores), con oponer resistencia en los puestos á que han sido llamados, á todo lo que es contrario á sus ideas ó con auxiliar débilmente á lo que las favorece. Pasivos hasta un grado en que se confunden con la indolencia y el egoísmo, sin plan ni combinación alguna para hacer triunfar sus principios y acostumbrados al mando de los hombres incapaces de ejercer autoridad pública." (3) "No desconozco, dice el célebre D. José María

(1) Carlos María Bustamante, "Cuadro Histórico," Tomo V. págs. 124 y 125.

(2) Munguía, "Defensa de la Iglesia y Clero Mexicano," págs. 723 y 724.

(3) Cuevas, "Porvenir de México," Tomo 2o., págs. 175 y 176.

Gutiérrez de Estrada al turbulento padre D. Francisco Javier Miranda, sus malos antecedentes de Santa Ana, pero también tengo presente que es el único que hasta ahora ha sabido hacerse respetar y que sus órdenes serán obedecidas en toda la República: no puedo encontrar otro que libre de los defectos de Santa Ana pueda sobreponerse á tanta nulidad que desea apoderarse del mando." (1) El general les intervencionistas, Tomo 1o., pág. 150. conservador D. Bruno Aguilar desalentado escribe: "Los conservadores temen, pues usted conoce que en momentos comprometidos no son los más esforzados." (2) El mismo general dice: "Esta persuasión y la convicción que tengo de que nuestros hombres aquí, no son capaces de nada bueno aun cuando se logre hacerlos unir bajo el plan que usted me indica." (3) "Mentira parece lo que está pasando entre los conservadores, pero amigo mío, está visto que son muy raros los hombres que pueden ó saben sacrificar sus intereses personales á los de su patria." (4) El arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida lamenta en los conservadores: "su apatía y egoísmo" y "más que todo por los hechos y sus inmediatas consecuencias, veo que aquellos cadáveres no se mueven ni quieren tomar parte, mis esperanzas están también

(1) Correspondencia secreta de los principa-

(2) La misma obra, pág. 147.

(3) La misma obra, pág. 163.

(4) La misma, Tomo 2o., pág. 236.

completamente muertas." (1) El cura Hidalgo debe haber sentido que sus ilusiones de independencia iban muriendo rápidamente al contacto del cadaverismo de las **personas respetables** de Guanajuato, que á lo que tenían horror no era á los crímenes de la revolución que hasta entonces no tenía, sino al crimen de ser valientes y abnegadas por una gran causa. Si las clases acomodadas de 1810, no se manifestaron abiertamente adheridas á la revolución, fué porque los españoles eran los que no les daban garantías y las tenían sobreecogidas de espanto, por la renombrada furia española, y ellas no eran capaces de espada en mano, ó lanza en ristre, ó hacha empuñada, de retar la cólera del ceñudo opresor, con sol de frente y sobre medioeval arena de combate.

Ya lo marqué; las aristocracias agrarias sin espada no presentan más que la placidez bucólica patriarcal, ó la avidez judía y secante de la **metalización**, ó la apatía del parásito sobre la fortuna que se va consumiendo derretida por las orgías y derrumbada por los desaciertos; mas en el fondo de esas manifestaciones estaba perenne la cobardía burguesa procedente del egoísmo que califica el honor de locura; la gloria de humo, la dignidad de quijotismo; el sacrificio de ligereza, el heroísmo de estupidez. Burguesía sin fuerzas intelectuales ni morales, sin pasiones nobles ni innobles, sin estremecimientos de virtud pública, ni de maldad visi-

(1) Carrepondencia secreta de los principales intervencionistas, Tomo 2., pág 236.

ble; chaparra bajo todos los niveles de grandeza, sobria por frialdad de organismo, reservada por exceso de servilismo, decaída por amor á arrastrarse, enjuta por vacía de ideales; en fin, nula para Dios y para el diablo. Y lo censurable como inadmisible era que esa clase que se escondía de la revolución por falta de vergüenza, es la que ha condenado al cura Hidalgo con la afrenta que marca á los fascinerosos, para disimular ante los ignorantes las responsabilidades en que ha incurrido ante la Historia.

La clase respetable de 1810 aspiraba á una independencia abstracta, no buscaba por medio de ella una patria, sabía que España era su patria, tanto por la ley como por su emoción religiosa ante la grandeza de la nación que se había impuesto al mundo civilizado, aterrorizando á los infieles y salvando á la Iglesia romana, de la inundación de la herejía protestante, con la espada de Carlos V y las hogueras de Felipe II. Quería la independencia conservando todo lo español: Las instituciones políticas monárquicas, la literatura devota, las costumbres retraídas, las luces de los cirios como faros del porvenir, la teología como suprema ley, la carnicería de martirologios como flama del sentimiento artístico, fijado por las creaciones sombrías de Herrera y Zurbarán; el horror por el pensamiento libre, el silencio de basilica en la vida mundana, y un culto excesivo, tendiendo á resolver en oraciones todo el día y en todos los templos las fuerzas de la población destinadas al trabajo